



El desconcierto ante esta evidente postergación es mayor si consideramos que no se trata de un libro erudito, escrito para minorías habituadas al tedio, sin ser tampoco una obra de difusión fácil destinada a eventuales viajeros franceses; por el contrario, es el primer intento moderno por ofrecer una visión que se pretendía global —síntesis e interpretación a la vez— del Perú, recurriendo al sustento del análisis sociológico para proponer diversas alternativas a los problemas nacionales.

García Calderón reclamaba la existencia de una clase dirigente que reclutara a sus miembros atendiendo no sólo a la riqueza o el abolengo, sino también a la inteligencia. Una oligarquía abierta e ilustrada que entendiera la necesidad de reformar el país, para modernizarlo y ubicarlo ilusamente en la senda del progreso. El destino del Perú no era quedar al remolque de los norteamericanos; deberíamos reconocer nuestra calidad de país latino y aproximarnos cada vez más a Francia e Italia. Era preciso fomentar una política migratoria atrayendo a europeos para que poblaran un país que, teniendo por entonces alrededor de cuatro millones de habitantes, necesitaba nuevos brazos para su agricultura. Pero, paralelamente, había que expandir la frontera agrícola impulsando las irrigaciones. Estas tareas podrían ser emprendidas por un Estado eficiente en el que esa oligarquía abierta supiera incorporar a las clases subalternas. El indio tenía que ser transformado, de siervo o campesino sumiso, resignado y hierático, en obrero moderno o, era una alternativa, en propietario procurando respetar sus costumbres.

Le Pérou contemporain (1907) fue un verdadero "plan nacional", donde el interés por encontrar alternativas mostraba a un espíritu quizá demasiado interesado, siendo uno de los principales representantes del idealismo novecentista, por la práctica y la actividad política. Además de escribir sobre el Perú, quería cambiarlo. Es así como le interesaba más que el pasado o el presente de su país, el futuro, y deseaba contribuir a su edificación. Pensaba que para intervenir en esa tarea, su inteligencia era una garantía suficiente. Precisamente un año antes de la publicación de su libro, aconsejaba a José de la Riva Agüero en términos que reflejaban en realidad una inquietud personal: "En vista de todo esto y de tu prestigio, creo que, antes que todo, debe preocuparte lo que podríamos llamar una preparación política, que pocos o ninguno han tenido en el Perú, y que te es indispensable" (2). Tiempo después, en 1949, recordando quizá las ilusiones que compartieron cuando alboreaba el siglo, evocó a Riva Agüero como el intelectual llamado a ser el verdadero presidente conservador del Perú, pero provisto de "ideas amplias y gene-

rosas", equidistante del despotismo y la demagogia, enfrentado siempre con la mezquindad oligárquica (3).

Razonando de esta manera, no era factible prever la prolongada estada de Francisco García Calderón en Europa: había partido a los 23 años y no regresaría en definitiva sino hasta 1947: cuarenta y un años apenas interrumpidos en

1909 por un fugaz retomo a Lima para casarse. En definitiva, toda su trayectoria como intelectual fue edificada en París, donde publicaría *Les conditions sociologiques de L'Amérique Latine* y un libro de inusitado éxito, *Las democracias latinas de América*, editado en francés, inglés y alemán, prologado por Raymond Poincaré. En el recuento no puede omi-

tirarse a *La creación de un continente*. Entre 1912 y 1914, en su condición de discípulo excepcional de Rodó, dirigiría *La Revista de América*. Verdadero líder de los latinoamericanos residentes en París, entre los que se encontraba Rubén Darío. En 1933, Francisco y su hermano Ventura serían postulados al Premio Nobel por un grupo diverso de intelectuales eu-



Francisco García Calderón Un profesor de idealismo

Alberto Flores Galindo

Más de setenta años después de su primera edición en francés, *El Perú contemporáneo*, uno de los textos fundamentales de Francisco García Calderón, ha sido traducido al español (1). Hasta ahora era un libro prácticamente inaccesible, descontando las páginas que fueron incorporadas a una antología que editó Mejía Baca y prologó Jorge Basadre en 1954.

ropeos como Jean Girardot y Jules Romains. En apariencia era el éxito. Pero años atrás, en 1912, en una carta dirigida también a Riva Agüero, admitía un cierto desaliento interior que lo iba minando de manera irreversible: "Fatigado estoy y un poco triste. Como tú, al llegar a los 29 años, me asusto, comprendo que la vida se me va, y que no haré ninguna de las grandes cosas en que soñaba. Me he vuelto escéptico en muchas cosas y en mí mismo. Hasta los 25 años creía más en mí que ahora. ¡Cómo envidio a nuestras mediocridades satisfechas de sí mismas!" (4).

En ningún momento García Calderón quiso cortar su comunicación con el Perú. Pero el paso del tiempo, la distancia y la renuencia de sus corresponsales obraron para que, poco a poco, fuera adoleciendo de una falta de información mínima. Así, en 1926, Luis Alberto Sánchez tendría que reprocharle el desconocimiento de la nueva generación de intelectuales peruanos. Por entonces, con su renuncia al servicio diplomático (como protesta frente al gobierno de Leguía), había cortado otro vínculo con un país que día a día se desdibujaba en su mente. El mapa del Perú en 1907, que se puede apreciar en la primera edición de *Le Pérou contemporain*, no era ya el mapa que se trazó como resultado de los tratados fronterizos firmados durante el ocenio. Pero no sólo había cambiado el contorno del país. Lima, por ejemplo, era irreconocible en relación a la ciudad que García Calderón abandonó en 1906: amplias avenidas, nuevas edificaciones, plazas y construcciones públicas, migraciones rurales, una población en constante crecimiento. Cuando recién se iniciaba el siglo, era comprensible que un intelectual sanmarquino prescindiese en sus análisis del pasado indígena, pero décadas después, con las excavaciones de Tello y los estudios de Valcárcel, esa omisión era aberrante. El Perú cambió a un ritmo que no alcanzó a avizorar. Incluso un intelectual como el mismo García Calderón, para quien la salvación del país debía buscarse en las profundidades de una biblioteca, se volvió un personaje anacrónico, ante la irrupción de un pensamiento que reivindicaba los fueros de la práctica y la intuición y se burlaba por contrapartida de los eruditos.

Es así como el escritor que parecía tener un derrotero claro, se fue perdiendo a medida que los temas peruanos y latinoamericanos acabaron desplazados en sus escritos por notas al margen de la cultura europea, simples apostillas a los acontecimientos mundiales: esos temas no lo comprometían y frente a ellos, se reducía al mínimo su capacidad de influir sobre el curso de los hechos. El cambio temático terminó conduciéndolo a una escritura cada vez más reticente y, finalmente, casi al silencio. Salvo *Testimonios y comenta-*

rios, no publicó nada significativo después de 1933.

No resulta difícil diagnosticar que la prolongada separación de su país fue perjudicial para Francisco García Calderón. Aunque no existían ni Abelardo Oquendo ni Hueso Húmero, una pregunta inevitable entre sus contemporáneos fue el porqué de este distanciamiento. Se ensayaron diversas respuestas. La primera, como es fácil suponer, aludió a la esterilidad del medio intelectual peruano: "...carecía de ambiente entre nosotros. Sus críticas, sus estudios literarios eran apenas analizados y juzgados por dos docenas de personas conscientes" (5). Este aserto de un periodista de *Monos y Monadas* puede ser refrendado si se recuerda que la tesis doctoral de Riva Agüero, ese libro que fundó los estudios históricos modernos en el país, apenas circuló en escasos ejemplares, fáciles de obsequiar pero difíciles de vender. No existía un público. Pero esta constatación tendría que modificarse veinte años después, cuando con la expansión de la educación pública, la docencia universitaria y el periodismo, apareció una efectiva demanda de ediciones nacionales. Entonces circuló, a media voz y bajo la modalidad del rumor, otra versión del alejamiento de Francisco García Calderón: sus insuperables dolencias psíquicas, que en 1905 lo llevaron a intentar suicidarse y que años después, confor-

me confiesa en una carta, trataría de remediar en un sanatorio suizo; esfuerzos inútiles, como se vería a la postre, cuando poco tiempo después de su regreso definitivo a Lima debe internarse en el sanatorio Larco Herrera.

Pero al lado de las versiones de los coetáneos, conviene escuchar qué nos dice el protagonista. La tentación de volver lo asalta con frecuencia, aunque sin el patetismo de César Vallejo (siempre con un pasaje de vuelta en el bolsillo), ni de Alfonso de Silva (casi suspendido a medio camino entre Europa y el Perú). No descarta la posibilidad, pero sólo plantea una condición: encontrar el medio para garantizarse una verdadera independencia económica porque "en Lima no me quedaría sino meteme en política, lo que jamás haría sin esa independencia" (6). En realidad busca, sin éxito, una protección frente a un medio que siente hostil.

Detrás de estas reflexiones subyace un problema mayor: el desfase entre su pensamiento y la realidad. El programa de *Le Pérou contemporain* reclamaba, como ya indicamos, una oligarquía ilustrada, cuando en su país apenas existía una clase dominante, que usufructuaba el poder obsesionada por mantener la rigidez del edificio social, contaminada de un racismo para el cual las ideas reformistas eran aberrantes. Pero las disparidades entre el autor y su país

serían mayores cuando algunas de esas reformas propuestas fueron recogidas por un régimen que siendo hostil a la oligarquía, contó con la animadversión de García Calderón: el oncenio de Leguía. No entendió los cambios que se sucedieron. Por eso cuando en 1933 unos pocos piensan que podría ser presidente del país, parece que se tratara de una buda.

Aparentemente su formación intelectual había preparado a Francisco García Calderón para el exilio: nació, a causa del cautiverio de su padre, en Chile; sus tres primeros años transcurren en Buenos Aires y París, luego en su país aprende tempranamente el francés, para a continuación estudiar en un colegio tan europeo como era entonces La Recoleta, disponiendo de la ilustrada y vasta biblioteca paterna. Pero no obstante ejercitar una prosa en francés que le permitió ser candidato al Premio Nobel, García Calderón nunca terminó sintiéndose, como Pablo de Olavide, un europeo. Se reconocía diferente. A la postre, su exilio no fue resultado de una elección, sino que aparece como un destino impuesto por su clase, su país, sus circunstancias y asumido en medio de un profundo desgarramiento interior. Su vida termina cuando, en el Larco Herrera, el exilio geográfico es prolongado por el exilio interior: unió su destino al de Martín Adán, otra

desdada inteligencia civilista. La locura es la pérdida de la amistad. Las pocas personas que acompañarían su fúereto un mes de julio de 1953, fueron testigos de la desavenencia final entre un intelectual y una clase que se resistió a adoptarlo. Recién ahora, en una edición quizá demasiado ahorraiva, con la avancia del capital financiero, el Banco Internacional quiere, en alguna medida, subsanar el error. Recordando a Riva Agüero, cuatro años antes de morir, García Calderón había anticipado el reproche citando a González Prada: "Los bienes y las glorias de la vida/ o nunca llegan o nos llegan tarde".

NOTAS:

1. Francisco García Calderón, *El Perú contemporáneo*, Lima, Interbank, 1981. Primera edición en español prologada por Luis Alberto Sánchez. Debe recalarse el esfuerzo tenaz de Sánchez para que este libro, imprescindible en toda biblioteca peruana, fuese traducido.
2. Carta a José de la Riva Agüero, París, 8 de octubre de 1906. *Archivo Histórico Riva Agüero*, en adelante, A.H.R. 1.
3. Francisco García Calderón, *José de la Riva Agüero: recuerdos*, Lima, Imprenta Santa María, 1949, pp. 20-21.
4. Carta a Riva Agüero, París, 25 de marzo de 1912, A.H.R. 1.
5. *Monos y Monadas*, 1o. de enero de 1907, n. 54.
6. Carta a Riva Agüero, París, 13 de junio de 1911, A.H.R. 1.



EL LIMITE DE RODRIGUEZ

Cuando Orestes Rodríguez ganó el campeonato panamericano de 1970 y años después obtuvo el título de gran maestro, gran número de comentaristas deportivos que no son ajedrecistas empezaron a hablar de la posibilidad de que alcanzase el campeonato mundial. Si bien es cierto que Rodríguez ha ganado a muchos jugadores europeos en torneos jugados en España, son pocos los grandes maestros del lote "AA" a los que ha vencido y, objetivamente, no tiene ninguna posibilidad de alcanzar el título máximo. Así, en el torneo de Roma de 1981, quedó sexto de diez jugadores, y perdió tres partidas, con K orchnoi, Tatai y Toth, sólo ganó a Csorn que quedó segundo; hizo tablas con Parma, Matanovic, Marotti, Makrapoulos y Zichichi. Veamos cómo su bizarro ajedrez sucumbe frente al técnico K orchnoi.

GMI V. Korchnoi - (Suiza) GMI O. Rodríguez (Perú). Defensa Tarrach. Roma, 1981.

1) P4AD, P3R 2) C3AD, P4D 3) P4D, P4AD 4) PAXP, PAXP 5) DXP, C3AD 6) D1D, PXP 7) DXP, A2D 8) P3R, C3AR 9) D1D, A4AD 10) C3A, D2R (Toda la línea es teórica; el negro anuncia su propósito de luchar por la victoria) 11) P3TD, 0-0-0 12) D2A, P4CR? (Mejor 12)..., R1C) 13) P4CD, P5C 14) PxA, PxC 15) C5C1, C4R 16) C6D+, R1C 17) A2C, A3A 18) P3C, C4D 19) 0-0-0, P3A 20) A3T, D2AD 21) A6R, A5T (21)... C2R 22) DxA, TxC 23) ADxC, PxA 24) D4A, TxA 25) TxC, P4TR 26) R2C, P5T 27) P4C, P6T 28) D4R, T1AD 29) T1CD, P3TD 30) R2T, D2A 31) T3C, R2T 32) TxPR, TxT 33) DXT+... T1D 34) D3A, D4D 35) P5C, T1AD 36) P4R, DXP y las negras abandonaron (1-0).

Con la comodidad que dan los hechos consumados se puede decir que la falla de los directivos peruanos estuvo en no mandar a Rodríguez a Europa en el momento oportuno. Menos desperdiciado que Quiñones o Súmar, Rodríguez no ha alcanzado el lugar que bien pudo merecer. Ojalá que se aproveche la lección con Julio Granda. (M.M.)



Para prevenir los peligros que el desconocimiento de los secretos de la naturaleza presenta principalmente a niños, adolescentes y mujeres inexpertas, en la selva peruana se han generado mitos y leyendas normativas del desplazamiento de las personas en los alrededores de los núcleos ecológicos de asentamiento poblacional. Uno de estos folklóricos mecanismos reguladores lo encarna el *chullachaqui* ("pie desigual" en quechua). Diablillo o duende que vive en las profundidades de los montes vírgenes donde se engastan toda clase de misterios. Mide un metro con veinte centímetros de estatura y luce enorme sombrero y pantalón "bolsacho" (bombacho) para ocultar su estigmático defecto: el pie izquierdo deforme como pata de gallo, ligre, oso o raíz de árbol, cuya huella lo delata en el barro o la arena húmeda por donde a veces deambula haciéndose pasar por humano.

Este personaje, muy citado en la oralidad popular del oriente peruano, guarda afinidad con otros duendes de la mitología andina. Como *lchi*, que vive dentro de lagunas, ríos y cumbrones nevados, buscando llevarse almas de niños y hasta de personas mayores, mediante catastróficos aludes, desbordes y huacos. Juan de Santa Cruz ha escrito sobre unos diablitos que los quechuas llamaban ha-

De diablillos y duendes

Javier Reátegui



piñuño y *achcalla*, de los cuales se decía que en los antiguos tiempos del "purun pacha", robaban criaturas, muchachas, hombres y mujeres, por toda la tierra.

A esta prosapia de duendes y endriagos, pertenece el chu-

llachaqui, quien hoy en día cuenta con miles de personas que aseguran haberlo visto y huido de sus trampas. Informan que duerme sobre el árbol renaco y por las tardes sale a acechar a quienes se aventuran a caminar solos. Se les presenta

convertido en algún familiar, amigo o persona conocida, haciéndose seguir hasta lugares donde es casi imposible escapar.

Hay un *chullachaqui* juguetón y burlón, que hasta desempeña el oficio de agricultor en pequeños "claros" que tiene en medio de bosques vírgenes, los cuales son conocidos como "chullachaqui-chácara" y "su-pay-chácara". Es considerado benéfico porque, según los mitayeros, a las personas extraviadas les da de comer y beber, llegando incluso a regalar fortunas para que se queden con él.

También hay un *chullachaqui* maléfico, que engaña y secuestra a la gente con el propósito de matarlas haciéndolas caer en barrancos, pantanos, ríos y marañas espinosas. Es prepotente y suele presentarse obstruyendo el paso en las quebradas, trochas y puentes. Ordena se le siga, bajo amenaza de azotar con su cimbreante látigo-reptil si se le desobedece. Tiene fama de violador de mujeres, principalmente casadas, a las que ataca con un falo enorme y les procrea un horrible hijo anciano que nace muerto. Naturalmente, los difusores de este peligro, son los manidos inseguros y los machistas, quienes, en cambio, ocultan su temor por los súcubos, los *chullachaquis* que, según las esposas celosas, se transforman en bellas mujeres y tienen relaciones carnales con los hombres.